

Los estudios transatlánticos y la geopolítica del neo-hispanismo

Transatlantic Studies and the Geopolitics of Hispanism

Estudos transatlânticos e a geopolítica do neo-hispanismo

Abril Trigo

THE OHIO STATE UNIVERSITY

Profesor del Departamento de Español y Portugués en The Ohio State

University. Ph.D. en Literatura por la Universidad de Maryland. Entre sus publicaciones figuran *Memorias migrantes. Testimonios y ensayos sobre la diáspora uruguaya* (Beatriz Viterbo Editora/ Trilce, 2003), *The Latin American Cultural Studies Reader*, coeditado con Alicia Ríos y Ana Del Sarto (Duke University Press, 2004), *Los estudios culturales latinoamericanos hacia el siglo XXI*, Número especial de *Revista Iberoamericana* (IILI, 2003), coeditado con Alicia Ríos y Ana Del Sarto; *Caudillo estado, nación. Literatura, historia e ideología en el Uruguay* (Hispanérica, 1990). Correo electrónico: trigo.1@osu.edu

Artículo de reflexión

Este artículo es parte de un capítulo del libro titulado *Crisis y transfiguración de los Estudios Culturales Latinoamericanos*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2012.

SICI: 0122-8102(201206)17:31<16:LETGNA>2.0.TX;2-H

Resumen

Si el cambio de enfoque de regiones continentales a flujos oceánicos procuró rescatar los estudios de área de su obsolescencia geopolítica, y si el desplazamiento de las ciencias sociales duras, neopositivistas y desarrollistas por un multiculturalismo interdisciplinario y poscolonial respondió al giro cultural posmoderno, la irrupción de los estudios transatlánticos hispánicos podría entenderse como una pieza más en la política cultural pan-hispanista promovida por el Estado español. Imbricada a los intereses económicos del capitalismo español y las corporaciones transnacionales, esta política, que procura restablecer la hegemonía moral y cultural de la antigua metrópolis sobre el mundo de habla hispana, responde a una estrategia económica y geopolítica global.

Palabras clave: Estudios transatlánticos, Hispanismo, Globalización

Palabras descriptor: Geopolítica, Relaciones internacionales, Globalización

Abstract

If the geographical displacement from continental regions to oceanic ranges was meant to salvage area studies from their geopolitical obsolescence, and the epistemological displacement from hardcore, neo-positivistic and developmentalist social sciences to relativistic, postmodern and postcolonial multiculturalism was a response to the economically driven and globally experienced cultural turn, the emergence of Hispanic Transatlantic Studies can be understood as part of the pan-Hispanist cultural policy promoted by the Spanish State. Confusedly entangled with the overlapping interests of Spanish capitalism and transnational corporations, this global geopolitical strategy aims at restoring the metropolitan cultural and moral hegemony over the Hispanic world.

Key words: Transatlantic Studies, Hispanism, Globalization

Keywords plus: Geopolitics, Foreign relations, Globalization

Resumo

Se a mudança de foco das áreas continentais para fluxos oceânicos tentou resgatar os estudos de área da sua obsolescência geopolítica, e se o deslocamento das ciências sociais duras, neopositivistas e desenvolvistas por um multiculturalismo interdisciplinar e pós-colonial respondeu à virada cultural pós-moderna, o surgimento de estudos hispânicos transatlânticos poderia se considerar mais uma peça na política cultural pan-hispanista promovida pelo Estado espanhol. Imbricada nos interesses econômicos do capitalismo espanhol e corporações transnacionais, esta política que visa a restaurar a hegemonia moral e cultural da antiga metrópole sobre o mundo de fala hispânica, responde a uma estratégia econômica e geopolítica global.

Palavras-chave: Estudos transatlânticos, Hispanismo, Globalização

Palavras-chave descritores: Geopolítica, Relações Internacionais, Globalização

ARTÍCULO RECIBIDO: 1 DE NOVIEMBRE DE 2011. ARBITRADO: 10 DE DICIEMBRE DE 2011. ACEPTADO: 15 DE DICIEMBRE DE 2011.

LOS ESTUDIOS TRANSATLÁNTICOS, en boga en ciertos ámbitos académicos norteamericanos y europeos, siempre me han despertado una mezcla de escepticismo y aprensión debido principalmente a la despiadada compartimentación de las áreas de investigación y a la apremiante demanda por nuevos paradigmas críticos que vienen y van de acuerdo a la moda, tan característica del mercado académico global. Esta febril compulsión por lo nuevo obedece no sólo al capricho de intelectuales obsesivos, sino también a la presión por estar siempre *à la page* y descollar en un mercado académico regulado por la obsolescencia planificada, la ideología de la eficiencia y la cultura del éxito, valores que responden al *ethos* empresarial prevalente en el ámbito universitario y el campo intelectual a nivel mundial.

Cauteloso por escéptico, pero movido por la curiosidad, me pregunté entonces qué hay de nuevo en los estudios transatlánticos para que se les celebre con bombos y platillos como un nuevo paradigma que vendría a revolucionar añosas disciplinas. Tal vez debería haber comenzado por relevar temas, textos y autores recurrentes, y revisar las metodologías, los aparatos teóricos y los cruces disciplinarios más frecuentes. Pero esta era una tarea ardua y de resultados inciertos, debido a la reducida producción teórica del campo, en amplio contraste con su copiosa producción investigativa. Y al fin de cuentas, lo que más me interesa es explorar los orígenes de los estudios transatlánticos, es decir, descubrir cuáles son las narrativas e intereses involucrados en su emergencia, configuración y evolución, y la relación que guarda con los desplazamientos epistémicos, las transformaciones culturales y los realineamientos geopolíticos ocurridos bajo la globalización.

Desplazamientos geopolíticos

Partamos de la hipótesis de que los estudios transatlánticos son el resultado de un doble desplazamiento: un corrimiento geográfico, provocado por la obsolescencia geopolítica de los estudios de área, particularmente importantes en los Estados Unidos y Europa durante la guerra fría, y una fractura epistémica, provocada por el descalabro del antiguo régimen de acumulación fordista-keynesiano y la emergencia del nuevo régimen de acumulación global, flexible y combinado. La presunta irrelevancia del estudio por regiones avivó el interés por las plataformas oceánicas como ámbitos fluidos de circulación e intercambio. Si este desplazamiento en el objeto de estudio tuvo en los Estados Unidos la función de rescatar a los estudios de área de su irremisible caducidad, en Europa representó una oportunidad para intentar romper con la hegemonía geopolítica norteamericana. Por otro lado, la crisis epistemológica de las ciencias sociales duras, neopositivistas y desarrollistas, conmocionadas por el relativismo posmoderno y poscolonial de los estudios culturales, respondió a la económicamente

motivada, pero antropológicamente registrable, crisis cultural. Este combinado desplazamiento, del cual surgen los estudios transatlánticos, traduce realineamientos geopolíticos, transformaciones económicas y dilemas epistemológicos que caracterizan nuestra era global.

Pero aquí entra el segundo tema que me ocupa. Como corolario de estos realineamientos globales y del relieve internacional adquirido por España en estas últimas décadas, la rama hispánica de los estudios transatlánticos adopta este doble desplazamiento y lo adapta a un pujante y remozado Hispanismo. Esto indudablemente complica las cosas, en la medida en que involucra los intereses superpuestos de las corporaciones españolas y el capitalismo transnacional, de modo tal que las primeras se montan en la cresta de la ola producida por el segundo, asumiendo la representación de una cultura hispánica universal que en los hechos disfraza una impronunciable nostalgia imperial. Como escribiera Felipe González hacia 1999: “Nuestro futuro como españoles en Europa pasa, sin que sea un capricho de la geografía, por Iberoamérica, por nuestra capacidad de interacción con esta parte de nuestra identidad que no debemos confundir con nosotros” (2003, 115). O, como afirmara en 2004 José María Aznar, por entonces presidente del gobierno español: “Nosotros tenemos una vocación atlántica evidente por nuestra posición geográfica y por nuestros lazos con América. ¿Cómo se puede explicar la historia de España sin América?” (164). Si aceptamos su premisa de que la globalización realiza “la actualización activa y ahistórica de la historia en tanto esta puede ser utilizada por el capital para expandir la mercantilización del presente”, debemos coincidir con Joseba Gabilondo que “el Atlántico español, en su despliegue global y posnacional/poscolonial, ofrece un claro ejemplo de tal utilización retrospectiva del capital multinacional”¹(2001a).

La crisis de los estudios de área, inducida por el abrupto fin de la guerra fría, la crisis de paradigmas desencadenada por el pensamiento posmoderno y su constante denuncia desde la intelectualidad progresista como “colonialismo-científico”, desataría una variedad de respuestas. Mientras en Europa el *Report*

1 No obstante, al denunciar con firmeza “el espectro del neo-imperialismo español en la propuesta transatlántica”, Gabilondo es también víctima del pegajoso etnocentrismo del imaginario hispanista. Como analiza incisivamente Brad Epps, a pesar de proclamar su propia condición subalterna en tanto vasco, Gabilondo da legitimidad al concepto de un “Atlántico hispano”, que él mismo propone, reproduciendo la misma ansiedad que aquejara al hispanismo del 98: el complejo de inferioridad frente a la hegemonía anglosajona y el complejo de superioridad respecto a América Latina, considerada apenas un apéndice de lo hispano, y de África, excluida por completo de este mapa (Epps, 2010).

on the *Restructuring of the Social Sciences* publicado por la Comisión Gulbenkian liderada por Immanuel Wallerstein recomendaba diversas innovaciones, poniendo el énfasis en la apertura de las ciencias sociales al trabajo interdisciplinario y la adopción de un marco interpretativo global y sistemático de la historia contemporánea (Gulbenkian Commission, 1996), la revisión realmente comenzó en 1993 con la publicación de *The Black Atlantic*, de Paul Gilroy, investigador inglés de origen guyanés quien se inspirara en los estudios culturales y poscoloniales para repensar la identidad de las comunidades africanas en la diáspora como resultado de procesos de hibridación transnacional en el marco geográfico e histórico del océano Atlántico.

En Estados Unidos, mientras tanto, las fundaciones Ford y Rockefeller, muy activas en la financiación de los estudios de área y de lenguas extranjeras desde los años 50, respaldaron varios proyectos sobre cómo revitalizar los estudios de área, “para prevenir que sean suplantados por un globalismo impreciso e ignorante de las especificidades lingüísticas y culturales. Es crucial para este esfuerzo de revitalización encontrar una nueva forma de pensar la geografía que estimule nuevas formas de ver el mundo” (Lewis y Wiwen, 1999, 161). Con el mismo propósito, la Fundación Rockefeller financió la ambiciosa *Inter-American Cultural Studies Network*, inspirada sin duda en un difuso Panamericanismo posnacional y transnacional. El proyecto, dirigido por George Yúdice desde New York University, pretendía adaptar los estudios latinoamericanos a la lógica de la globalización, redefiniéndolos como estudios culturales de las Américas, un “espacio de investigación e intervención transnacional y desigual... ‘Las Américas’, una única pero increíblemente compleja estructura fractal que reaparece en la política global en el marco de las actuales reestructuraciones económicas, sociales y culturales” (Yúdice, 1994). Una red electrónica vincularía investigadores, artistas y activistas en todo el continente, sirviendo como foro de divulgación y promoción de proyectos colectivos. Ejercería, asimismo, como agencia oficial de intermediación entre los académicos latinoamericanistas en el norte y los intelectuales y artistas latinoamericanos en el sur.

Con propósitos similares, la Fundación Ford apoyó diversos proyectos, entre los cuales se destacan un informe comisionado a la Universidad de Chicago, que recomendaba abandonar los modelos geográficos estáticos y apuntar, en cambio, a los procesos históricos que configuran espacios geográficos, así como una serie de programas denominados *Atravesando fronteras: revitalización de los Estudios de Área* (*Crossing Borders: Revitalizing Area Studies*), que patrocinaba nuevos modelos interdisciplinarios e inter-regionales de organización mundial. En el marco de dicha serie tuvo lugar, en Duke University, el

programa *Los océanos conectan: flujos culturales, de capital y mercancías entre cuencas marítimas (Oceans Connect: Culture, Capital, and Commodity Flows across Basins)*, programa cuya premisa consistía en reformular los estudios de área a partir de las travesías marítimas. Por supuesto, la idea del Atlántico como una encrucijada geopolítica, propuesta originalmente como un campo de investigación por historiadores europeos como Fernand Braudel y Pierre Chaunu, y que tuviera tanta influencia en el desarrollo de los estudios sobre la historia del Atlántico, especialización muy prestigiosa entre historiadores europeos y norteamericanos, constituye uno de los pilares de la estrategia geopolítica de la OTAN; pero lo que plantean estas nuevas propuestas es otra cosa: abandonar el estudio de formaciones históricas regionales o continentales para concentrarse en el estudio de los flujos migratorios, comerciales y culturales entre distintas regiones. Así lo sintetiza Thomas Bender: “Seguir el rastro de la gente, el dinero, los bienes y los saberes dondequiera que sea, esa es la premisa (...) La historia resultante no es una historia mundial; sigue siendo local, regional, temática, incluso nacional. Pero es una historia que reconoce un contexto mundial, pues en cierta medida y de muchas maneras todas las historias son parte de una historia mundial a partir de 1500” (Bender, 2007, XVII). Este es el sustrato intelectual, ideológico y geopolítico de los estudios transatlánticos.

Sin embargo, como he dicho más arriba, este cambio de paradigma representaba para los investigadores europeos una estupenda oportunidad para restablecer su presencia en un mercado global dominado por la academia y las editoriales anglosajonas, y restaurar de paso el lustre de Occidente, empañado por la misma historia colonial europea. El *Middelburg Center for Transatlantic Studies*, fundado en 1995 como *Maastricht Center for Transatlantic Studies*, es quizás la empresa transatlántica más ambiciosa a la fecha. Alojado inicialmente en la *Teikyo University Holland in Maastricht*, sucursal en Holanda de Teikyo Group, multinacional japonesa dedicada a la enseñanza, pero asociado en la actualidad a la *Roosevelt Academy*, escuela internacional de la Universidad de Utrecht, el MCTS “ofrece dos programas semestrales más un programa de verano de estudio en el extranjero por año, dedicados al estudio comparativo y multidisciplinario de los sucesos y vínculos transatlánticos”. Profesores y estudiantes provienen de las treinta y seis universidades, mayormente norteamericanas y europeas, que forman parte del consorcio. Asimismo, el MCTS organiza un congreso bianual y auspicia la publicación de una serie monográfica (*Middelburg Center for Transatlantic Studies*).

De acuerdo con el espíritu multicultural del MCTS, Paul Giles, profesor de literatura norteamericana en la Universidad de Oxford y autor de *Virtual*

Americas: Transnational Fictions and the Transatlantic Imaginary (2002), propuso en la conferencia plenaria del primer congreso una suerte de definición, y sostuvo que “los estudios transatlánticos se sitúan en ese lugar desmañado y liminal donde lo nacional se encuentra con lo global” y, en consecuencia, “el transnacionalismo se enfoca en las fricciones y disyunciones producidas por la lenta pero inexorable erosión de las formaciones nacionales y las varias tensiones y reacciones que esto desencadena” (Giles, 2000, X). En un texto posterior, Giles complementaría esta definición sosteniendo que los estudios transatlánticos son un campo que atraviesa “disciplinas y áreas geográficas establecidas, no buscando trascender las diferencias y particularidades locales de un modo globalista, sino para leerlas desde una perspectiva novedosa” (citado por Kaufman y Macpherson, 2002, XIV). Lo que realmente importa en esta proposición no es lo que dice sino lo que no dice. Giles confunde lo transatlántico con lo transnacional, lo cual le permite concluir que los estudios transatlánticos investigan las identidades mutantes que irrumpen en la escena posnacional global o, dicho de otro modo, la hibridez cultural en el tercer espacio poscolonial contemporáneo. Así caracterizados, los estudios transatlánticos técnicamente excluirían de un plumazo como objeto de estudio –aunque en los hechos indudablemente no es así– toda la larga historia del colonialismo y el imperialismo europeos, incluyendo el tráfico esclavista, la economía de plantación y el comercio triangular que establece las bases del primer sistema-mundo, todo lo cual sustenta el análisis propuesto por Paul Gilroy. Es esta una definición que obvia toda referencia a estructuras de poder, procesos históricos y dinámicas globales del capitalismo y que, como señala Joan Ramón Resina, recicla el viejo modelo eurocéntrico de la literatura comparada desde una perspectiva transnacional, cosmopolita, transdisciplinaria y multicultural (Resina, 2005b). Una propuesta afín a lo que Fernando Coronil ha denunciado como globocentrismo, versión global del etnocentrismo occidental que declara de manera unilateral la auto-aniquilación del sujeto moderno y la universal igualdad de la diferencia, escamoteando así las relaciones coloniales realmente existentes en el mundo actual (Coronil, 2000a y 2000b). En una estupenda lectura crítica de *Virtual Americas*, cuyo propósito es analizar desde una perspectiva posnacional el carácter ficcional del imaginario nacionalista norteamericano, Sara Castro-Klarén señala la visión estrechamente anglocéntrica de Giles y dice: “Si un estudio tan sesudo y cuidadoso como el de Giles puede caer en una especie de desmemoria, se hace, pues, necesario abogar por un marco histórico para frenar en algo la velocidad actual con la que se auto-designan de ‘transatlánticas’ indagaciones varias que tienden a achatar y por lo tanto desvirtuar la memoria del pasado que construye y constituye el presente” (2010, 98).

La estratagema post-teórica

Una de las características más notables de los estudios transatlánticos, que resulta quizás amplificadas en su rama hispanista, es su inconfundible aversión por la teoría, una escrupulosa reticencia a proponer nuevos modelos críticos que responde, sostiene Julio Ortega, a un escenario post-teórico caracterizado –y aquí se apoya en Ernesto Laclau– por “una contaminación entre la teoría y lo empírico” (2003b, 109). Aun cuando la razón primordial de esta predisposición post-teórica fuera contribuir a crear “un espacio de diálogo menos determinado y vertical”, capaz de posibilitar “nuevos reencuentros entre la lectura, los textos, los géneros y los contextos”, como propone Ortega, revela también y sobre todo un intento de purificación de la hiperinflación teórica de los noventa, y muy particularmente de sus secuelas militantes y académicas, que terminaron convirtiendo a los grandes modelos teóricos en sistemas de autoridad, poder académico y novedad mediática (2003b, 109). La cuestión, por supuesto, es si este repudio de la teoría representa una mera reacción, en parte justificada, contra los excesos teóricos y las presiones del mercado o si constituye una maniobra táctica ligada a una estrategia global.

Comparto plenamente las críticas de Ortega al “agotamiento de los modelos críticos dominantes, los límites de los relatos teóricos que ocupaban el Mercado académico y las derivaciones autoritarias de algunos grupos normativos”, así como su rechazo a la mercantilización del trabajo académico, que ha menoscabado la formación profesional, inculcando una concepción instrumental de la crítica carente de debate intelectual (2003a, 105-6). Sin embargo, otro es el alcance epistémico y otras las implicaciones políticas del post en la post-teoría, que Ortega construye como la superación teórica de la teoría mediante una calculadamente sesgada interpretación de Ernesto Laclau, cuando en puridad, la post-teoría designa exactamente lo contrario, como el mismo Laclau se encarga de aclarar en el prefacio al volumen *Post-Theory. New Directions in Criticism*. Retomo la cita en el punto donde Ortega la abandona: “Por lo tanto, aunque hemos ingresado en un universo post-teórico, no se trata de ningún modo de un universo a-teórico. La tradición deconstructiva, el método genealógico de Foucault, la lógica del significante para Lacan y las muchas corrientes que emergieran de la apertura wittgensteiniana, han hecho más sofisticado el análisis de lo concreto, que ya no puede ser concebido en términos de un empirismo simple y llano” (Laclau, 1999, VII). La distinción positivista entre teoría y experiencia se ha vuelto insostenible porque la opacidad que vela la realidad concreta actual determina que solo se la pueda aprehender teóricamente. Me atrevería incluso a decir que la post-teoría refiere a reflexiones metateóricas de inspiración posmoderna que problematizan el sentido ideológicamente cuestionable de la siempre

históricamente sobredeterminada articulación entre teoría y práctica, e impugnan la división internacional y transnacional del trabajo entre productores de teoría y proveedores de información empírica, siendo este último el rol asignado a América Latina por los centros occidentales de producción teórica. La post-teoría, en cierto modo, designaría una nueva práctica discursiva metateórica.

Por ello, no creo que la postura post-teórica de los estudios transatlánticos pueda explicarse tan solo como una reacción a los excesos doctrinarios y las escaramuzas entre capillas por imponer un nuevo paradigma. Ciertamente, puede responder a cierto clima anti-teórico generalizado que esconde muchas veces simple pereza y facilismo intelectual. Pero en mi opinión se trata de una ingeniosa estratagema cuyo fin es establecer una muy peculiar posición estratégica, el punto de vista privilegiado de quienes no se oponen a la teoría, sino que la superan, desde que han logrado salir relativamente ilesos de las batallas académicas e institucionales de los noventa, situación que les permite abrogarse la autoridad moral e intelectual para hacer borrón y cuenta nueva. Esto implica, por supuesto, la adopción de un nuevo paradigma crítico y teórico: los estudios transatlánticos, que gracias a su postura post-teórica no pueden ser nombrados ni teorizados como tal. La estratagema post-teórica hace posible pasar lo que es una práctica hermenéutica como un nuevo paradigma teórico, evitando así que se vea sometida al escrutinio de la crítica.

Gracias a esta posición estratégica, los estudios transatlánticos pueden ser postulados como un espacio de interacción intelectual y diálogo interdisciplinario que no requiere del espaldarazo de ninguna teoría, porque las engloba y supera a todas en un espacio horizontal, libre de normas, códigos y cánones (Ortega, 2003a). Liberado al fin de dogmas teóricos y confabulaciones de capilla, este espacio académico democrático y cosmopolita estaría excepcionalmente dotado para realizar ambiciosos objetivos, como resituar “las relaciones de frontera, región y nación (lo que llaman lo ‘post-nacional’) para destrabar el relato dominante de una abusiva unidad autorizada”; “redefinir la ‘globalización’ como productora de diferencias”; “reformular el largo y desigual intercambio entre España y América hispánica, de modo de superar la lamentable división de áreas ‘peninsular’ e ‘hispanoamericana’ que ha envejecido en la rutina” (Ortega, 2003b, 113-4); y finalmente, nada más ni nada menos que contribuir a la renovación de la crítica en España, atrincherada en la práctica de la filología histórica y la preservación de cotos intelectuales (Ortega, 2006a, 93). Como bien dice Castro-Klarén, “Este diálogo ‘recuperado’, pero acrítico, presupone muchas veces la preeminencia e influencia del acaecer dentro de España siempre como un ‘antes’, como una suposición que sigue atribuyendo a América Latina un ‘después’ (010, 102).

El nuevo Hispanismo

Propósitos ambiciosos, sin duda, cuya intención primordial es restablecer, debidamente renovado, un campo único de estudios literarios y culturales hispánicos; pero cuya consecuencia, quizás involuntaria, es alimentar un nuevo hispanismo, “en tanto Madrid se coloca en el centro de planes internacionales, la lengua se afirma como el vehículo primario y legitimador de relaciones interculturales, y la expectativa de buenos negocios allana el camino de los capitales españoles en las antiguas colonias” (Moraña, 2005, XIX).

El hispanismo, de acuerdo con Joan Ramón Resina, puede definirse “como el juego académico que establece las reglas y arbitra las prácticas que confieren valor a la memoria cultural de y sobre Hispania (...) Emanación del imperio, el Hispanismo es el más temprano ejemplo de una ideología postcolonial dedicada a promover ambiciones hegemónicas por medios culturales” (2005b, 160-3). El Hispanismo sería pues, a un mismo tiempo, una ideología portadora de un proyecto geopolítico y un campo de investigación originado en la filología histórico-positivista, dualidad que explica tal vez su ambigüedad conceptual e imprecisión de límites. “¿El Hispanismo, por ejemplo, se limita a España o también incluye América Latina? ¿Se centra en la literatura, la historia o la cultura? ¿Es necesario que un Hispanista sea también hispanófilo? Y en tal caso, ¿eso implica la afición por España, Latinoamérica o tan sólo la lengua?” se pregunta Sebastian Faber (2005, 65), aun cuando él mismo use ambas definiciones en un mismo ensayo con el fin de subrayar las tensiones al interior del campo, como la observación casi obvia de que “el español ha sido la lengua hegemónica desde el punto de vista de otras culturas subalternas en el campo del Hispanismo, como el quechua, el catalán o el vasco” (2008a, 12). A pesar de esta ambigüedad, la mayoría de los críticos tienden a limitarlo al “estudio de la lengua y la literatura españolas y de las cosas de España”, según la definición ofrecida por el Diccionario de la Real Academia Española en 1936 (Santana, 2008, 34). Esto explica que los hispanistas hayan sido por lo general, también hispanófilos, aclara Faber (2008a; 2008b), y que las culturas latinoamericanas y más aún las indígenas hayan tenido siempre en el campo del hispanismo una posición subordinada, en el mejor de los casos, en tanto la ideología hispanista propugna “la existencia de una única cultura española, cuyo estilo de vida, características, tradiciones y valores se materializan en su lengua; la idea de que la cultura Hispanoamericana no es sino la cultura española trasplantada al Nuevo Mundo y la noción de que la cultura hispánica está organizada jerárquicamente, con España ocupando la posición hegemónica” (del Valle y Gabriel-Stheeman, 2002, 6). El no reconocimiento de la especificidad cultural de las sociedades latinoamericanas y sus pueblos indígenas, así como

de las minorías y comunidades de España, es parte de una sinuosa exaltación de la cultura hispana como auténticamente popular y espiritualmente superior que mistifica las ambiciones españolas de expansión neoimperial bajo un estrecho nacionalismo cultural. Esto permite a Faber concluir que “el Hispanismo, como idea y como paradigma disciplinario, ha sobrevivido en demasía su validez y legitimidad o, lo que es más, su utilidad” (Faber, 2005, 64).

Como nos recuerda Resina, “el Hispanismo surgió en el siglo diecinueve junto a las filologías nacionales como una estrategia compensatoria de las impresionantes pérdidas territoriales de España en América” (2005b, 163). Fue, en tal sentido, el efecto colateral de una derrota geopolítica y una crisis nacional, ideológicamente negociada por los noventayochistas mediante una amalgama de nacionalismo, populismo, historicismo y positivismo: “Bajo las condiciones de la bancarrota política y militar de 1898, y de la crisis de los valores históricos que habían definido la mítica grandeza de la España cristiana, intelectuales como Ganivet, Unamuno, Azorín y Maeztu elevaron una identidad nacional capaz de superar el conflicto con las ex-colonias en nombre de una espiritualidad trascendente, de un nihilismo heroico, del mito quijotista. Bajo su postulado, la pérdida grandeza colonial española se reformulaba en términos trágico-existencialistas” (Subirats, 1995, 37).

La historia del Hispanismo en los Estados Unidos resultaría aún más confusa, desgarrado entre su devoción por el esplendor cultural del antiguo imperio español y su lealtad a los intereses hemisféricos del emergente imperialismo norteamericano. James Fernández capta magníficamente esta contradicción en lo que él denomina la Ley de Longfellow: “lo que determina en sus orígenes el interés norteamericano en el español es la idea de que es una lengua americana, con una historia y, lo que es más importante, con un futuro en tanto tal (...) sin embargo, este interés en la lengua americana llamada español (...) se tradujo en la práctica en un interés en la lengua, la literatura y la cultura de España, no de América Latina. Un doble desplazamiento parecería haber tenido lugar: de Latinoamérica a España y de la lengua, la política y el comercio a la literatura, la historia y la cultura” (Fernández, 2002, 124). Dicho en otros términos, la enseñanza de una lengua europea de segundo rango pero necesaria para los negocios con América Latina promovería el prestigio de “la cultura y las cosas de España”, a pesar de que la ideología de la Hispanidad se oponía, al menos en principio, a la expansión cultural, económica y política del Panamericanismo. Como demuestra Faber, tanto la revista *Hispania*, fundada en 1918, como la *Revista Iberoamericana*, medio oficial del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, fundado en 1938 bajo los auspicios de la política de buena vecindad de Roosevelt, supieron jugar

siempre ambas cartas. El IILI, no obstante, debía estar oficialmente consagrado al estudio de las literaturas latinoamericanas, con exclusión explícita de España y Portugal, y a pesar de adherir abiertamente al Panamericanismo norteamericano, quedaría para siempre marcado por las ambiguas connotaciones del término Iberoamérica, alternativa poco feliz al sospechosamente galo Latinoamérica, y por su ambivalencia política frente a la guerra civil española, al adoptar una posición simultáneamente antifascista y anticomunista (Faber, 2005; 2008a; 2008b). Estas incongruencias dejarían una marca indeleble en el Hispanismo norteamericano, cuyo interés en América Latina sería por mucho tiempo exclusivamente económico y geopolítico y su curiosidad en España sería estrictamente cultural (Fernández, 2002), lo cual consolidaría el prestigio de la literatura y las artes españolas en desmedro de las latinoamericanas, así como la hegemonía del peninsularismo sobre el latinoamericanismo.

La derrota de la república española en 1939 enviaría centenares de intelectuales al exilio, muchos de ellos, en su mayoría liberales, serían atraídos por la academia norteamericana reforzando así el Hispanismo y frustrando el desarrollo del latinoamericanismo por varias décadas. Aun cuando la influencia de estos intelectuales anti-franquistas de primera línea aumentaría el prestigio del campo, “no cambiaría en lo esencial el conservadurismo visceral de la disciplina, su escepticismo político y su manera de navegar en la economía del prestigio académico (...) Adoptaron por lo general una visión de España y de la cultura española ideológicamente hispanista (...) Celebraron la colonización de las Américas como un triunfo de España y de la humanidad, y concibieron la cultura hispánica como una fuente de valores ‘espirituales’ en un mundo crecientemente materialista” (Faber, 2008a, 23). Esta versión del Hispanismo, paradigmáticamente representada por Américo Castro, encajó muy bien en el ambiente esteticista y apolítico prevalente entonces en las humanidades, por lo que no debe sorprendernos que para preservar su espacio intelectual estos hispanistas exaltarán la cultura y la historia de España aun cuando esto les llevara a coincidir con la hispanofilia neoimperial explotada por el franquismo. Este sustrato ideológico y su adhesión a la filología nacional-positivista fundada por Marcelino Menéndez y Pelayo y Ramón Menéndez Pidal, volvería al Hispanismo de la guerra fría característicamente impermeable a la revolución teórica y metodológica que vendría a sacudir las humanidades y las ciencias sociales a partir de los setenta, ahondando la brecha entre la hermenéutica literaria del Hispanismo y la crítica cada vez más social, política y cultural de los estudios latinoamericanos, animados por las luchas anticoloniales y los conflictos de la guerra fría (Faber, 2008a; Resina, 2005a).

En virtud de esta historia, el desafío de los estudios transatlánticos es a la clara diferenciación actualmente existente entre estudios latinoamericanos y estudios hispánicos, y su estrategia en establecer cruces, intersecciones y espacios compartidos, cuando menos, problemática. Es muy claro que la compartimentación geográfica de los estudios de área es absolutamente arbitraria y auspicia una visión geopolítica del mundo en sintonía con ciertos paradigmas y metodologías, como cualquier otra categoría disciplinaria. La distinción entre estudios hispánicos y estudios latinoamericanos ganó legitimidad durante la guerra fría y carga en consecuencia con todos los estigmas ideológicos y vicios geopolíticos de los estudios de área, según los cuales “las áreas no occidentales son analíticamente equivalentes a Occidente, aunque no del todo”, diferencia que se explicaría por la nivelación de un conocimiento presuntamente universal y la función instrumental de la teoría de la modernización (Gulbenkian Commission, 1996, 40). Es bien sabido que los estudios de área impusieron en su momento un nuevo mapa neocolonial, apropiándose del conocimiento sobre el Tercer Mundo y traduciendo la guerra ideológica en saber académico. Por su intermedio, el estudio de las lenguas, literaturas y culturas extranjeras se convirtió en un instrumento para la seguridad nacional norteamericana (Wallerstein, 1997, 202). Los estudios latinoamericanos, gestados en ese contexto, prosperarían por varias décadas y apuntalados por una copiosa legislación que incluye la Ley de Educación para la Defensa Nacional (1958), la institución de los Cuerpos de Paz y la Alianza para el Progreso (1961), y el plan de detección contrainsurgente Operación Camelot (1964), proveerían de coartadas científicas a las variadas formas de intervención cultural denunciadas desde América Latina como colonialismo científico o imperialismo cultural (Wallerstein, 1997, 220-4).

No obstante, al tiempo que desarrollaban un conocimiento instrumental sobre América Latina, los estudios latinoamericanos nutrieron una generación de latinoamericanistas progresistas y antiimperialistas que, desgarrados entre sentimientos de superioridad y solidaridad por sus objetos de estudio, se vieron obligados a revisar su papel y repensar el campo. Mientras tanto, la expansión del idioma español en el mercado lingüístico, así como la masiva migración de intelectuales latinoamericanos a los Estados Unidos, contribuía al notable crecimiento de los programas de estudios latinoamericanos. Todas estas circunstancias condujeron hacia fines de los ochenta, precisamente cuando los estudios de área perdían vigor, a la virtual emancipación de los estudios latinoamericanos de la hegemonía histórica del Hispanismo. De modo que, en cierta manera, los estudios transatlánticos podrían entenderse como una reacción a esta inversión de roles, inversión que al fin de cuentas responde a los flujos demográficos, la

demanda de los mercados y la disparidad en la respectiva producción intelectual entre los estudios ibéricos y latinoamericanos. En las palabras de un connotado si bien heterodoxo peninsularista, “a resultas de estas condicionantes apareció el ‘nuevo campo’ de ‘los estudios transatlánticos’, que permite a los ‘peninsularistas’ reposicionarse a la sombra del Americanismo dominante” (Resina 2005a, 96). Como analiza desde otro ángulo Mario Santana, otro peninsularista, privados de su larga hegemonía que les permitiera identificarse con el Hispanismo *tout court*, los estudios ibéricos (o peninsulares) se vieron forzados a justificar su existencia en un campo inestable y cada vez más ajeno, sobrellevando en el proceso un cierto grado de latinoamericanización que les hizo derivar gradualmente hacia posturas transatlánticas (2008). Según Faber, también peninsularista, este giro hacia los estudios culturales y la inserción de “los fenómenos ibéricos en un marco transatlántico, europeo, mediterráneo o más global de modo comparativo” ofrece al “Hispanismo peninsular nuevas estrategias para reforzar su posición en la brutal economía de prestigio que rige la academia norteamericana” (2008a, 28-9).

Se podría agregar que, hasta cierto punto al menos, los estudios transatlánticos son efecto colateral del creciente cuestionamiento del Hispanismo realizado por los hispanistas mismos, y con esto me refiero al debate en curso acerca de la historia del Hispanismo, su posición en el campo intelectual y su relación con los estudios latinoamericanos. Complejo debate que, como ironiza Ángel Loureiro, pone en escena un psicodrama entre el conservadurismo neurótico del Hispanismo español, atrincherado en la filología histórica y su endogamia incestuosa, y el vanguardismo psicótico del Hispanismo anglosajón, obsesionado por ponerse al día con las últimas modas teóricas (1995, 34). Lo que está en disputa, señala Resina, es cómo transformar al Hispanismo en un espacio plural y democrático donde coexistan las muchas culturas de España y América Latina (Resina, 2005b, 172). ¿Será esto posible?

El hecho es que los estudios latinoamericanos y los estudios hispánicos han devenido en los últimos años dos campos divergentes, que responden a problemáticas disímiles, aplican diferentes metodologías, involucran distintos modelos teóricos y demandan posturas epistemológicas e incluso ontológicas francamente opuestas en lo que refiere a los procesos globales. ¿Quién puede negar la utilidad del diálogo y la colaboración entre distintos campos para mejor comprender fenómenos, procesos y coyunturas particularmente complejos? Es obvia la conveniencia de una perspectiva bifocal capaz de aprehender las complejidades del periodo colonial, por ejemplo, cuando la historia de España, Portugal y sus colonias americanas formaba un intrincado y conflictivo entramado en la historia mundial. Las culturas y literaturas del Nuevo Mundo resultan incomprensibles

sin tener en consideración su condición colonial, y lo mismo podría decirse, aunque raramente se lo admita, de las literaturas y culturas en las metrópolis imperiales. ¿Quién puede objetar la pertinencia de una perspectiva transatlántica para el estudio de ciertas instancias de intenso intercambio económico, político, demográfico o cultural (como el exilio republicano español a la derrota de la república o el exilio latinoamericano en España en la década del setenta), o el análisis comparativo de ciertos movimientos literarios o artísticos paralelos (como el modernismo latinoamericano y la generación del 98), o la influencia transcontinental de ciertas revistas (como la *Revista de Occidente*), o el impacto local de políticas globales (como el papel de las editoriales barcelonesas en el lanzamiento mundial de la literatura del boom)? No obstante, proclamar la validez universal y transhistórica de un abordaje indisputablemente legítimo para ciertos fenómenos o periodos puntuales implica simplemente incurrir en una vulgar mistificación.

Pero más problemático todavía resulta adoptar la posición de un sujeto hispánico de validez universal. ¿Cómo convencer al aymara boliviano, al quechua peruano o al maya guatemalteco de que “el camino de la libertad pasa por la hispanización” como Manuel Alvar solía decir? ¿Y por qué los españoles se resisten a identificarse como hispanos en los Estados Unidos? Estoy de acuerdo con Resina cuando sostiene que “dado que el Hispanismo se basa en la complaciente complicidad de la presión que la lengua colonial continúa ejerciendo sobre las culturas nativas de América y de la península Ibérica, no encuentro ninguna razón epistémica o ética seria para retener el Hispanismo como estructura disciplinaria común para la trasmisión de conocimiento sobre América Latina y la península Ibérica” (2005a, 97). O, como demanda Faber, “aquellos de nosotros que trabajamos en los estudios hispánicos deberíamos poder escoger nuestras afiliaciones y alianzas políticas, culturales y teóricas, y no vernos forzados a vestir el chaleco de fuerza de la hispanofilia que presupone el concepto de Hispanismo. Con toda seguridad, esas alianzas a menudo establecen contactos y colaboraciones con los estudios latinoamericanos (...) pero no hay necesidad de legitimar esas conexiones e intercambios transatlánticos invocando la ‘unidad espiritual’, el ‘alma compartida’ u otras bombásticas expresiones de retórica pan-hispanista” (2005, 90).

Un proyecto geopolítico

Este renacimiento del Hispanismo contemporáneo, que alcanzó su máxima espectacularidad con la nostalgia neoimperial desplegada durante las celebraciones del quinto centenario del llamado “Encuentro”, en 1992, no puede entenderse sin la extraordinaria expansión de las corporaciones españolas, su

implacable adquisición de bancos, industrias, tierras y recursos estratégicos en América Latina, y la función asumida por el Estado español como conductor e intermediario entre aquella y la Unión Europea en todo lo referente a lo que en la jerga comunitaria se considera un “asunto hispano-español”, no obstante que los programas de estudios en España sigan ignorando olímpicamente las historias, culturas y literaturas latinoamericanas. Las cumbres iberoamericanas, encuentros anuales a nivel de jefe de estado, nacidas en 1991 en Guadalajara (México) con el propósito de forjar una comunidad entre las antiguas metrópolis ibéricas y sus ex colonias americanas, cubren el lado estatal de este proyecto geopolítico cuya secretaría general tiene sede en Madrid. La arrogancia e impunidad de compañías como Telefónica o Repsol durante *La década dorada* (Casilda Béjar, 2002) sólo puede caracterizarse de inescrupulosamente neocolonial, en el mismo momento en que las economías nacionales eran reconvertidas al modelo neoliberal. Algunos negociados, como la adquisición por Iberia de Aerolíneas Argentinas, bordean el escándalo. Para 1999 España pasó a ser el principal inversor en América Latina, después de Estados Unidos. Las inversiones españolas directas se concentraron en la banca, las telecomunicaciones, los servicios públicos, el sector del petróleo y el gas natural, y entre las siete más poderosas corporaciones españolas –BBVA, Banco Santander, Endesa, Iberdrola, Unión Fenosa y Repsol YPF– acumularon propiedades valoradas en doscientos ochenta y tres mil millones de dólares (Torral, 2001). La mayor parte de estas inversiones fueron usadas para adquirir empresas estatales e instalaciones existentes, contribuyendo en los hechos poco y nada a la creación de fuentes de trabajo, la diversificación de la economía y la renovación tecnológica. A consecuencia de la crisis financiera que estalló en 2008, América latina se ha convertido “en la tabla de salvación de las principales empresas españolas (que) ahora dependen cada vez más de los países a los que hasta hace poco denostaban por la supuesta falta de seguridad jurídica. El Banco Santander, primer grupo financiero de España, reportó un beneficio neto de 4.445 millones de euros, pero el análisis desagregado por región muestra que en Europa sus ganancias cayeron un seis por ciento y en Latinoamérica crecieron veinte puntos, en especial por Brasil. El BBVA experimentó una situación similar: redujo sus ganancias 9,7 por ciento a nivel global, pero las acrecentó 7,6 en América del Sur. Los buenos resultados del gigante petrolero Repsol también se explican en gran parte por lo ocurrido de este lado del Atlántico. La compañía reportó 1.740 millones de dólares de utilidades en el primer semestre y el 44,8 por ciento de ese total lo aportó la filial argentina YPF, que ganó el triple que el año pasado. El mapa se completa con Telefónica, que declaró ganancias por 3.775 millones de euros, 9,4 por ciento más que en el mismo semestre de

2009, siendo Brasil y Argentina dos de sus principales fuentes de ingresos (...). El director de la División América del Santander, Francisco Luzón, declaró el 13 de julio, en una entrevista con el diario *El País* de Madrid, que este año el 45 por ciento del beneficio del grupo llegará desde Latinoamérica” (Krakowiak).

Esta invasión de capitales españoles, apuntalada por una política estatal, demuestra rotundamente una nueva división geopolítica en áreas de influencia, por la cual las grandes corporaciones españolas adoptaron la posición de intermediarias entre los mercados latinoamericanos y el capital transnacional, mientras millares de migrantes latinoamericanos inundaban España en busca de trabajo. En una suerte de quid pro quo, la administración de George W. Bush permitió que los capitales españoles invadieran América Latina, mientras España, bajo la presidencia de Aznar, se convertía en un aliado oportuno a la hora de la invasión de Irak (Seigle, 2004). Como se pregunta Gabilondo, ¿demuestra el intercambio de migrantes sudacas por inversiones españolas la emergencia de un nuevo imperialismo o se trata simplemente del capital transnacional disfrazado de español (2001b)? El mismo Felipe González, consumado arquitecto de la modernización en España, escribía en 1999 refiriéndose a los países latinoamericanos: “les debemos tanto históricamente que tienen derecho a esperar que llegemos como lo que somos, no como aguerridos ejecutivos de Wall Street” (2003, 115).

El virtual monopolio del mercado mundial en lengua española que detenta un puñado de corporaciones transnacionales consolidadas en torno a la floreciente industria editorial en España, como Bertelsmann, Vivendi, Grupo Planeta y Santillana, ilustra claramente este proyecto geopolítico, al igual que la vigorosa expansión del Instituto Cervantes que, inspirado en la Alliance Française, el British Council y el Goethe-Institut, ha abierto casi ochenta centros en cuarenta países desde su creación en 1991. Las múltiples actividades organizadas y financiadas por el Instituto, en principio consagrado a la promoción del estudio de la lengua y la cultura españolas en países no hispánicos y a la consolidación de los vínculos culturales entre los países hispanohablantes, impulsan en última instancia una versión global del Hispanismo bajo el liderazgo geopolítico del estado español. Como dijera Carmen Caffarel, directora del Instituto, en la conferencia “Aprendiendo a exportar: contenidos culturales para el mundo”, el español tiene un valor añadido y en alza, por lo que “ha pasado de ser la lengua que llevaban los misioneros a la lengua vehicular de los negocios que llevan ahora los empresarios por el mundo” (Caffarel, 2008). La comparación expresa mejor de lo que podría hacer yo las líneas maestras del proyecto promovido por el Instituto Cervantes, que se materializa en el Congreso Internacional de la Lengua Española auspiciado por el Instituto y la Real Academia Española en diferentes ciudades de

habla hispana cada tres años. El congreso, que sigue el modelo del congreso de Sevilla en 1992, se ha celebrado en Zacatecas, México (1997); Valladolid, España (2001); Rosario, Argentina (2004); Cartagena, Colombia (2007); y Valparaíso, Chile (2010). Si bien cada congreso es convocado bajo una temática diferente, hay dos temas recurrentes que atraviesan a todos revelando la propagación meticolosa de un proyecto geopolítico y geoeconómico: la celebración del valor cultural e ideológico de la uniformidad lingüística del mundo hispanohablante y el aprovechamiento del valor económico y político de dicha uniformidad en el mercado global.

Refiriéndose a lo primero, Fernando Lázaro Carreter, a la sazón presidente de la Real Academia Española, sostenía sin ambages en la conferencia inaugural del Congreso de Sevilla en 1992 que “La unidad, ya que no tutelada, debe ser cuidada y promovida. Los cambios, absolutamente necesarios para que los hispanohablantes puedan habitar en su tiempo, deben ser homogéneos (...) la presencia hispánica, actual y futura, en el concierto o desconcierto del mundo, depende decididamente de la unidad idiomática (...) la Real Academia siente que ha llegado el momento de intensificar sus actividades en pro de esta causa que dista de ser estética, y llega a ser decididamente política” (Instituto Cervantes, Sevilla, 1992). Por cierto, afirmaciones de esta índole despertaron innumerables críticas en los siguientes congresos. En Zacatecas, mientras Octavio Paz sostenía que “El español del siglo XX no sería lo que es sin la influencia creadora de los pueblos americanos con sus diversas historias, psicologías y culturas”, lo que significa que “el español del siglo XX, el que se habla y se escribe en Hispanoamérica y en España es muchos españoles, cada uno distinto y único”; Gabriel García Márquez reclamaba la creatividad lingüística de las culturas populares y las literaturas orales, que han modelado “una lengua que hace tiempo no cabe en su pellejo” (Instituto Cervantes, Zacatecas, 1997). Otros, como Miguel León Portilla, defendían las lenguas indígenas y denunciaban su exterminio: “Hay, por supuesto, personas que consideran que la muerte de esas lenguas es inevitable y que, además, no hay razón para dolerse de ello, ya que la unificación lingüística es altamente deseable. En contraste con semejante actitud, hay otros que pensamos que la desaparición de cualquier lengua empobrece la humanidad (...) En el caso de las lenguas amerindias, han enriquecido ellas de múltiples formas el español (...) Pero además el estudio de los idiomas amerindios ha revelado la existencia de insospechadas categorías lingüísticas. Y ha mostrado también que hay otras muchas formas de estructurarse el lenguaje que dan lugar a diferentes conceptualizaciones del mundo” (Instituto Cervantes, Valladolid, 2001).

Si bien el III Congreso, en Rosario, cuyo tema central fue “Identidad lingüística y globalización”, dedicó una sección a la discusión de “El español y las comunidades indígenas, hoy” y otra a la de “El castellano y las otras lenguas de España”, las denuncias de colonialismo lingüístico y la defensa de las lenguas indígenas galvanizaron las críticas al mensaje de unidad cultural y lingüística auspiciado por los organizadores. Aparte de la circunspecta reprobación formulada por los invitados oficiales, luminarias como García Márquez, Paz y Carlos Fuentes, otros intelectuales, liderados por el Premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel, organizaron en Rosario el Congreso de laS lenguaS, un contra-congreso paralelo que “Nacido como respuesta a una concepción elitista y regulada de la cultura, que la Real Academia Española bajó para la realización del III Congreso Internacional de la Lengua Española, se convirtió en un espacio de encuentro y debate que (...) repudió la hegemonía de la lengua castellana sobre otras lenguas, como la única lengua, en un continente multilingüístico y pluricultural”. Más aún, subrayaron sus diferencias al decir que “Una cosa es hablar ‘de’ los indígenas y otra es hablar ‘con’ los representantes de los pueblos originarios que viven y mantienen sus lenguas” (Congreso de laS lenguaS, 2004). Algunas estrellas invitadas al III Congreso, entre ellos José Saramago y Ernesto Cardenal, también asistieron a este I Congreso de laS lenguaS que concluyó denunciando las relaciones coloniales que continúan subyugando a las minorías étnicas y suprimen la diversidad y reclamando el derecho de los pueblos indígenas a la autodeterminación cultural y lingüística.

La comprobación del valor económico y político de la supuesta uniformidad lingüística en el capitalismo global ha generado menos controversia y resistencia que su celebración, no obstante, tiene mucha más importancia en la estrategia geopolítica del neo-hispanismo, en la medida en que involucra la planificación empresarial y el control monopólico de la comercialización global de la cultura, particularmente en lo que refiere a la industria editorial, la televisión, el cine, el internet y el turismo educativo. Los programas de lengua y cultura para extranjeros, por ejemplo, constituyen un negocio muy rentable. Solamente en 2007, se inscribieron en estos programas doscientos treinta y siete mil estudiantes en España, aportando cuatrocientos sesenta y tres millones de euros a la economía española, aun cuando algunos países latinoamericanos, que disfrutan de más bajos costos y disponen de las infraestructuras necesarias, compiten con este lucrativo negocio español. Brasil, que ha instituido el aprendizaje optativo del español en la escuela secundaria con un número estimado en once millones de estudiantes, y los Estados Unidos, cuyos cuarenta y seis millones de latinos constituyen la tercera población hispanoparlante en el mundo con un poder de

compra cercano a mil millones de dólares, son los mercados más codiciados. Como dijera Enrique Iglesias durante el IV Congreso en Cartagena, la investigación del valor económico de la lengua española debe continuar, aun cuando “No resulta nada sencillo establecer unos criterios de valoración económica de un bien con tantos y tan complejos aspectos y que permea toda nuestra realidad social, cultural y política. Pero en el camino de la construcción de una Comunidad Iberoamericana de creciente proyección internacional debemos perseverar en el esfuerzo de nuestra integración lingüística en esfuerzos especialmente dirigidos a los jóvenes, crecientemente educados y con ganas de ganar” (Instituto Cervantes, Cartagena, 2007). Según algunos estudios, el valor económico de la lengua española equivale al quince por ciento del PBI español; según otros, comprende al dieciséis por ciento del mercado laboral (Constenla, 2008). Indudablemente, cuantos más consumidores de la lengua haya, mayor será su valor económico y político.

La exaltación de la uniformidad lingüística del español y su meticulosa explotación como recurso económico está en la base de una muy bien planeada estrategia geopolítica, espléndidamente expuesta por el Rey Juan Carlos I en su discurso inaugural del III Congreso en Rosario: “Señoras y señores: en el horizonte, el complejo fenómeno de la globalización plantea problemas que no deben ignorarse. Son muchos los que avistan el peligro de una incontrolable fuerza uniformadora que amenaza con borrar las diferencias (...) Desde el punto de vista lingüístico parece claro que ese mismo fenómeno globalizador puede permitir al español en su creciente expansión consolidarse como lengua de comunicación internacional”. O, como lo dijera César Antonio Molina, director del Instituto Cervantes, “que el siglo XXI sea el siglo del español” (Instituto Cervantes, Rosario, 2004). La soberbia neoimperial se vuelve explícita en la analogía histórica ofrecida por Jon Juaristi, director por entonces del Instituto Cervantes, al cerrar en 2001 el II Congreso en Valladolid: “Sí, hay cierto parecido entre la situación histórica de Castilla de entonces y nuestra situación actual, y un paralelo innegable entre la España del otoño medieval y la comunidad hispánica hoy. Como en nuestro tiempo, los españoles del siglo XV encaraban los desafíos de una revolución tecnológica, de una mundialización de la política y de una incipiente civilización global (...) Más allá de todos los desmanes e injusticias de la conquista y el orden colonial, la lengua española sentó los cimientos de una civilización en la que los desarraigados y oprimidos lucharían por el reconocimiento de su dignidad humana contra el rígido sistema de castas, valiéndose de la vieja lengua de Castilla, lengua que remozaron con los acentos y vocablos de las lenguas amerindias” (Instituto Cervantes, Valladolid, 2001).

La magnitud simbólica de estas declaraciones no podría entenderse desvinculada de la ideología del Hispanismo que en diferentes instancias históricas ha profesado siempre una vocación transatlántica, como deja en claro José María Aznar:

A España le interesa una mayor protección atlántica y contribuir a que Europa también la tenga (...) porque sería un suicidio histórico renunciar o postergar lo que Braudel llamó el ‘destino transatlántico’ de España. Por ello, España tiene que articular una política de ‘relaciones especiales’ con las dos Américas (...) La cultura y la historia comunes son el mejor fundamento para compartir mercados y cooperar en los foros internacionales (...) La apertura de los mercados, acompañada de procesos de privatización internos, el desarrollo de organizaciones económicas regionales y la emergencia de clases medias que apuestan por el sistema democrático, convierten hoy a Iberoamérica en un escenario político, económico y social de enorme atractivo y proyección en el mundo. (1994, 170-1)

El grotesco altercado entre Hugo Chávez y Juan Carlos I durante la clausura de la Cumbre Iberoamericana reunida en Santiago de Chile en 2007, cuando los escandalosamente plebeyos modales del mestizo (democráticamente electo presidente de Venezuela) quien expresaba, sin cuidarse por la etiqueta, el resentimiento de millones de latinoamericanos, fueron silenciados por el tajante “¡Por qué no te callas!” del rey de España, un descendiente de la Casa de Borbón instalado en el trono por un dictador fascista, viene a recordarnos que la colonialidad adopta rostros, voces y figuras insólitas. Es indudable que “aun cuando los términos y la retórica de las relaciones han cambiado, la renovada relación entre España y América Latina sigue estando marcada por el signo de la asimetría económica y la condescendencia cultural” (Moraña, 2005, XIX).

Una pirueta epistemológica

Esto explica que los estudios transatlánticos, y tal vez su rama hispánica, heredera del espiritualismo, el trans-historicismo y el monolingüismo hispanistas, introduzcan un giro hermenéutico conservador disfrazado de crítica radical. A pesar de las letanías en cuanto a la necesidad de ir “más allá de las perspectivas disciplinarias y monoculturales” (Kaufman y Macpherson, 2000, XIX), la mayor parte de la crítica transatlántica utiliza abordajes inter o transdisciplinarios de práctica común en los estudios culturales y poscoloniales. En ocasiones, la audacia metodológica no va más allá de la antigua filología histórica, alerta Faber (2008a). En última instancia, si el propósito al estudiar los “encuentros

coloniales” consiste en identificar al “otro” para establecer la identidad de un “yo”, como sugieren Kaufman y Macpherson (2000, XVIII), el estudio continúa siendo insensiblemente monocultural y refractario a la dialéctica histórica del poder. De ahí que se pueda sostener con Resina que “tanto los estudios transatlánticos como una sub-especialidad dentro del Hispanismo, como el nuevo enfoque de los estudios francófonos dentro del francés y otros similares desplazamientos disciplinarios, cubren un legítimo territorio cultural, pero no son ni más honorables, como sus practicantes a veces sostienen, ni intelectualmente más amplios que las tradiciones nacionales de las cuales surgieron. Tampoco son intrínsecamente multiculturales, pues tienden a reforzar la hegemonía de las lenguas otrora coloniales, oprimiendo aún más las lenguas y culturas nativas” (2005a, 81).

De ningún modo se piense que desconozco la existencia de muy buenos trabajos, sesudos y rigurosos, en los estudios transatlánticos. Al contrario, hay excelentes estudios, étnicamente sensibles y políticamente agudos, particularmente en lo que respecta al periodo colonial, que indudablemente no puede ser estudiado con seriedad sin tomar en consideración las relaciones económicas, políticas, militares y culturales entre América, África y Europa. Pero, a pesar de la existencia de esta producción sensible a los procesos históricos, de la cual participan muchos latinoamericanistas para quienes el dilema es “cómo trascender unos estudios transatlánticos que siempre se imaginan atrapados entre el expansionismo global español, la dominante academia norteamericana y la indiferencia latinoamericana” (Mereditz y Gerassi-Navarro, 2008, 614), coincido con Resina cuando afirma que “no hay nada particularmente ‘interdisciplinario’ o ‘fronterizo’ en estas movidas, que en los hechos refuerzan la proverbial dependencia de la disciplina al legado imperial. La mera inversión del signo del discurso y la conversión de la apología del colonialismo en crítica poscolonial no cambia nada, tornando la detracción en connivencia” (Resina 2005a, 96). Como ha de resultar claro a estas alturas, la crítica a los estudios transatlánticos como una pirueta epistemológica y una sofisticada estratagema colonial, no proviene solamente de latinoamericanistas desconfiados y susceptibles como yo, sino de investigadores provenientes del mismo Hispanismo, lo cual prueba que es posible estar de acuerdo desde campos diferentes.

Pero así como algunos hispanistas critican los estudios transatlánticos, hay algunos latinoamericanistas que han adquirido un lugar destacado en su diseño e implementación, como sería el caso de Julio Ortega, quien ofrece una de sus más autorizadas definiciones:

En esa búsqueda de iniciativas críticas, que suman además la enseñanza y la metodología, los ‘estudios transatlánticos’ aparecen como una posibilidad

distintiva, libre de la genealogía disciplinaria, que reduce los textos a su origen, pero también libre del *parti pris* liberal, que requiere de un sujeto en el papel de la víctima (colonial, sexual, imperial, ideológica...). La lectura transatlántica parte de un mapa reconstruido entre los flujos europeos, americanos y africanos, que redefinen los monumentos de la civilización, sus instituciones modernas, así como las hermenéuticas en disputa. Por ello, esta lectura da cuenta más que de un tiempo histórico de un tiempo trans-histórico, entrecruzado de relatos una y otra vez actualizados (...) La historia cultural del sujeto transatlántico no hace sino recomenzar. (Ortega, 2003a, 114)

Dos proposiciones diestramente hilvanadas constituyen el meollo de la posición de Ortega: no tratar más a los sujetos subalternos como víctimas pasivas de la colonización y el imperialismo, sino, en cambio, como socios activos en el desarrollo de la modernidad occidental y la emergencia de una subjetividad transhistórica y transatlántica. Estoy de acuerdo con su crítica a esa culposa mentalidad liberal de izquierda que, autorizada por el paternalismo multicultural, se permite celebrar la presunta superioridad epistemológica y política de la víctima, el marginal, el subalterno. Pero no olvidemos que la historia de los pueblos americanos ha sido al fin de cuentas una historia de victimación y conquista, dominio y aniquilación, explotación y aculturación. América fue parte del mundo moderno desde el comienzo, pero siempre en una posición sometida y subsidiaria, como complemento y condición de posibilidad de la modernidad occidental. Me resulta irresponsable mitigar las relaciones coloniales y neocoloniales entre Europa, América y África al inocuo intercambio de gentes, ideas y artefactos culturales, como si estos nada tuvieran que ver con estructuras económicas y proyectos políticos. Seamos cautelosos con expresiones políticamente anodinas como “encuentros dialógicos”, “zonas de contacto”, “intercambios culturales”, “interacciones dinámicas” o “reciprocidad étnica”, nociones todas marcadas por el relativismo funcionalista de la antropología cultural que contribuyera a mistificar la peculiar relación que vincula Europa y África a las Américas (Kaufman y Macpherson, 2000, XIX). ¿No resulta peculiar considerar “peculiar” lo que podría llamarse lisa y llanamente colonialismo o, mejor aún, colonialidad, como propone la crítica poscolonial latinoamericana, con el fin de captar la multiplicidad histórica de formaciones coloniales y vincularlas como el lado oscuro de la modernidad (Quijano, 2000)? ¿Qué significa hablar de una “civilización atlántica” sino una rotunda mistificación de la historia del capitalismo y la modernidad occidental? ¿Cómo estudiar esta historia y sus culturas sin tener en cuenta el papel de lo nacional, como categoría epistémica y experiencia política?

La misma idea de un tiempo transhistórico sugerida por Ortega vacía la historia de todo contenido. Continuar repitiendo la cantinela de que “en la historia del mundo atlántico, los encuentros coloniales entre Europa, las Américas y África han sido a menudo teorizados como fenómenos unidireccionales, en donde los poderes europeos impusieron sus instituciones culturales, ideologías y sistemas de valores sobre víctimas pasivas y silenciosas, mientras ellos permanecían incólumes” (Castillo, 2000, XIII) es, francamente, un caso de lectura unidireccional y tendenciosa que no se ajusta a los hechos y recurre, como se acostumbra tanto en la crítica de hoy, al vulgar artificio retórico de construir un enemigo de paja, como hace Ortega en su lectura de la teoría poscolonial: “en los estudios poscoloniales la hipótesis dominante ha sido el paradigma político del imperialismo (...) y su noción simétrica de eje y periferia, así como el esquema ideológico del amo y el esclavo, y la ética del Otro y la otredad. Implica, por otro lado, la visión historicista del sujeto colonial privado de identidad por la fuerza brutal de lo moderno” (2003b, 114).

¿Por qué se muestra Ortega tan ansioso en distanciar a los estudios transatlánticos de los estudios poscoloniales, confundiéndolos con teorías anticolonialistas y antiimperialistas vigentes hace medio siglo? Porque precisa construir una diferencia que les otorgue legitimidad, que los distinga como un nuevo modelo de lectura. Para resolver lo que a su entender es una interpretación simplista y reductiva de la historia, propone adoptar un punto de vista intercultural, lo que permitiría demostrar que el sujeto colonial no es siempre víctima, sino que, por el contrario, muchas veces tiene capacidad de autogestión para negociar y entrar en diálogo con el colonizador, sin quedar confinado al cierre hermenéutico de la narrativa colonial. De esto se desprende que Calibán no sólo aprende a maldecir con el lenguaje de Próspero sino también y sobre todo “a conocer sus propios límites, afirmarse en su cuerpo, representar su papel (y) la identidad de nativo que los otros le han atribuido, jugando incluso con su nombre y su mala reputación” (Ortega, 2006b, 47). En curiosa coincidencia con Jon Juaristi, quien, recordemos, alardeaba que “la lengua española sentó los cimientos de una civilización en la que los desarraigados y oprimidos lucharían por el reconocimiento de su dignidad humana” (Instituto Cervantes, Valladolid, 2001), Ortega agrega que “gracias al lenguaje Calibán puede ahora asumir su propia misión. Los nombres le devuelven la isla de la abundancia. Todavía no sabe qué hacer con este poder incierto, pero aprender a hablar le ha enseñado que el mundo adquiere valor en virtud de la palabra que lo nombra. El poder de nombrar (el poder de transformar y recuperar) se decidirá en el lenguaje (...) La lengua que ha aprendido es el primer beneficio de convertirse en un ser humano” (2006b, 35 y 47). En resumidas

cuentas, para Ortega los estudios transatlánticos refutan una visión de la historia que acentúa la monstruosidad del sujeto, con el fin de denunciar su victimación y al victimario, para captar al sujeto “en el proceso de su humanización con el fin de demostrar su construcción de una agencia” (2003b, 115). De acuerdo a esto, el sujeto colonial adquiriría su condición de sujeto soberano al adoptar la cultura del colonizador; Calibán se humaniza dice Ortega, o civiliza, como habría preferido Domingo Faustino Sarmiento, al aprender la lengua del amo. O simplemente se moderniza, como sostiene Vargas Llosa en el discurso inaugural al V Congreso en Valparaíso: “Ésa ha sido una de las consecuencias más provechosas para los latinoamericanos del arraigo del español en nuestro suelo: ser propietarios y servidores de una lengua que es un pasaporte permanente para salir del pasado, ser ciudadanos del presente y formar parte de una comunidad que trasciende las fronteras de nuestro lugar de origen y nos instala en la vanguardia de la actualidad” (Instituto Cervantes, Valparaíso, 2010). La crítica de Ortega al poscolonialismo no agrega demasiado a las premisas ideológicas del Hispanismo que, de acuerdo con Resina, “opera como si ‘el mundo hispano’ constituyera un territorio lingüístico variado pero estrictamente monolingüe” y la subalternidad fuera “la contracara de la ley cultural del Hispanismo” (2005b, 161). Como corolario de todo esto, las sociedades y culturas latinoamericanas sólo podrían ser aprehendidas en forma cabal como resultado de un diálogo con la civilización europea y a través del prisma intercultural de los estudios transatlánticos. Paradójicamente, aun cuando esta posición parezca resistirse al síndrome de la víctima, según el cual siempre habría una chispa de rebeldía en toda práctica popular o subalterna, termina sancionando el desinterés poscolonial por categorías analíticas duras como lucha social y hegemonía política, remplazadas por tácticas de aculturación, adaptación y supervivencia.

Todo esto no obsta que los estudios transatlánticos hispánicos puedan ser conceptualizados de otra manera, como puede atisbarse en la definición de que parten Eyda Merediz y Nina Gerassi-Navarro, quienes ponen el énfasis en el entramado histórico de desplazamientos geográficos, poderes políticos y estructuras económicas: “Los estudios transatlánticos parten entonces de un Atlántico que es, ante todo, un espacio geopolítico que genera sus propias estructuras de poder, por lo que la conexión entre el imperialismo y la modernidad, como apunta Joseba Gabilondo, es su preocupación predominante” (Merediz y Gerassi-Navarro, 2009, 614-615). La historia del Atlántico, en este sentido, sería la historia del capitalismo moderno o, en otras palabras, la historia del colonialismo europeo y la civilización occidental. La historia del comercio transatlántico es la historia de la acumulación originaria que hiciera posible el desarrollo ulterior

del capitalismo, cuyo éxito ha sido posible gracias a una constante y sucesiva expansión colonial, imperial y neocolonial a escala mundial. Coincido plenamente con dicha conceptualización. Lamentablemente, los estudios transatlánticos hispánicos están indeleblemente marcados por la ideología del Hispanismo, los planes geopolíticos del estado español y los intereses de las transnacionales españolas. Además, tengo serias dudas en cuanto a la legitimidad disciplinaria, la necesidad teórica o la conveniencia estratégica de reflotar un campo de investigación que agrega tan poco a los ya existentes. Es cierto, como dice Resina, que los estudios transatlánticos hispánicos cubren un espacio histórico y cultural absolutamente legítimo, pero es también cierto que ese espacio podría cubrirse, como en los hechos ya ocurre, por otros campos de investigación como los estudios culturales y poscoloniales latinoamericanos². Por lo tanto, basado en los argumentos que acabo de exponer y a pesar de lo que algunos críticos como Francisco Fernández de Alba y Pedro Pérez del Solar (2006), Raúl Marrero-Fente (2004) y Julio Ortega sostienen, debo concluir que los estudios transatlánticos no ofrecen un nuevo paradigma crítico, puesto que se sirven de paradigmas ampliamente aceptados, ni constituyen una nueva disciplina, dado que carecen de un objeto de investigación particular, ni proponen una metodología específica, ni establecen una problemática teórica diferente que comparten con otras disciplinas y campos de investigación.

Para decirlo apretadamente, la moda de los estudios transatlánticos (que no deben confundirse con los estudios históricos sobre el Atlántico) da nueva vitalidad, en el mejor de los casos, al antiguo comparatismo, o constituye un elegante fraude intelectual. Pues, como decía al principio, son resultado de un doble desplazamiento: un corrimiento geográfico, provocado por la obsolescencia geopolítica de los estudios de área, y una fractura epistémica, producida por el nuevo régimen global de acumulación capitalista. Este combinado desplazamiento, que responde a profundos realineamientos geopolíticos, transformaciones económicas y dilemas epistemológicos que atraviesan y conforman la globalidad, se vuelve aún más problemático en el amasijo ideológico del Hispanismo, porque “Entendido

2 Esto explica que la mayoría de los artículos incluidos en los dos primeros volúmenes de *Estudios transatlánticos poscoloniales*, editado por Ileana Rodríguez y Josebe Martínez (2010 y 2011), provengan de la crítica colonial y poscolonial latinoamericana. Apenas dos o tres de los ensayos incluidos en el primer volumen se ocupan específicamente de los estudios transatlánticos y lo hacen, por lo demás, en forma muy crítica. El loable propósito de las editoras de inyectar a los estudios transatlánticos una mirada descolonizadora no hace más que otorgar legitimidad de “progresista” y “latinoamericanista” a un espacio conquistado de antemano. Habrá que esperar los dos volúmenes próximos para ver hacia dónde nortea esta ambiciosa publicación.

como el espacio original de la expansión imperial española en las Américas, el Atlántico constituye un espacio fundacional y, sin embargo, precisamente debido a la globalización, vuelve a irrumpir con una sinergia post-histórica y post-teórica que apenas estamos comenzando a comprender” (Gabilondo, 2001b, 93). Si los estudios transatlánticos son el resultado del realineamiento geopolítico de los estudios de área y su consiguiente reciclaje bajo los auspicios del multiculturalismo y la diversidad cultural, los estudios transatlánticos hispánicos se acoplan a este realineamiento global reflotando la ideología del Hispanismo, confusamente atorillada a los intereses superpuestos de las corporaciones españolas y el capitalismo transnacional (desde la crisis financiera de 2008, las corporaciones españolas han perdido un cincuenta por ciento de su valor de mercado, lo que ha acelerado su deso transnacionalización, según se mire), de tal manera que la hegemonía cultural de España sobre sus post-colonias latinoamericanas deviene coartada de un proyecto de expansión económica y geopolítica.

Obras citadas

- Aznar, José María. *Ocho años de gobierno. Una visión personal de España*. Barcelona: Planeta, 2004.
- *España. La segunda transición*. Madrid: Espasa Calpe, 1994.
- Bender, Thomas. “Foreword”. En: Jorge Canizares-Esguerra y Erik R. Seeman (eds.). *The Atlantic in Global History, 1500-2000*. N.J.: Upper Saddle River, Pearson Prentice Hall, 2007.
- Casilda Béjar, Ramón. *La década dorada. Economía e inversiones españolas en América Latina*. Madrid: Universidad de Alcalá de Henares, 2002.
- Castillo, Susan. “Preface”. En: Will Kaufman y Heidi Slettedahl Macpherson (eds.). *Transatlantic Studies*. Lanham, MA: University Press of America, 2000.
- Castro-Klarén, Sara. “Estudios transatlánticos: geo-políticas en una perspectiva comparada”. En: Ileana Rodríguez y Josebe Martínez (eds.). *Estudios transatlánticos postcoloniales. I. Narrativas comando/sistemas mundos: colonialidad/modernidad*. Barcelona: Anthropos/UAM-Iztapalapa, 2010.
- Congreso de la S Lengua S*. 2004. En: <http://www.lexia.com.ar/CON%20LENGUAS.htm> (2/03/2009).
- Constenla, Tereixa. “El español, un filón huérfano de prestigio”. *El País*. 2008. En: [http://www.elpais.com/articulo/sociedad/espanol/filon/huerfano/prestigio/elpepiscoc/20081231elpepiscoc_1/Tes\(2/03/2009\)](http://www.elpais.com/articulo/sociedad/espanol/filon/huerfano/prestigio/elpepiscoc/20081231elpepiscoc_1/Tes(2/03/2009)).
- Coronil, Fernando. “Del eurocentrismo al globocentrismo: la naturaleza del poscolonialismo”. En: Edgardo Lander (ed.). Caracas: Universidad Central de Venezuela/UNESCO, 2000a.

- “Towards a Critique of Globalcentrism: Speculations on Capitalism’s Nature”. *Public Culture* 12.2 (2000b), 351-374.
- CULTNET. *Inter-American Cultural Studies Network*. Proposal for the Establishment of an Electronic Network relating to Cultural Studies.
- del Valle, José y Luis Gabriel-Stheeman. “Nationalism, hispanismo, and monoglossic culture”. En: del Valle, José y Luis Gabriel-Stheeman (eds.). *The Battle over Spanish between 1800 and 2000*. London: Routledge, 2002.
- “El castellano, un valor en alza.” *El País*, 2008. En: [http://www.elpais.com/articulo/cultura/castellano/valor/alza/elpepucul/20080117elpepucul_12/Tes\(17/01/2008\)](http://www.elpais.com/articulo/cultura/castellano/valor/alza/elpepucul/20080117elpepucul_12/Tes(17/01/2008)).
- Epps, Brad. “Al sur y al este: la vertiente africana de los estudios transatlánticos postcoloniales”. En: Ileana Rodríguez y Josebe Martínez (eds.). *Estudios transatlánticos postcoloniales. I. Narrativas comando/sistemas mundos: colonialidad/modernidad*. Barcelona: Anthropos/UAM-Iztapalapa, 2010.
- Epps, Brad y Luis Fernández Cifuentes (eds.). *Spain Beyond Spain. Modernity, Literary History, and National Identity*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2005.
- Faber, Sebastian. “Economies of Prestige: The Place of Iberian Studies in the American University”. *Hispanic Research Journal* 9.1 (2008a), 23-29.
- Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War. Hispanophilia, Commitment, and Discipline*. New York: Palgrave Macmillan, 2008b.
- “‘La hora ha llegado.’ Hispanism, Pan-Americanism, and the Hope of Spanish/American Glory (1938-1948)”. En: Mabel Moraña (ed.) *Ideologies of Hispanism*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2005.
- Fernández, James D. “Longfellow’s Law: The Place of Latin America and Spain in U.S. Hispanism, circa 1915”. En: Richard L. Kagan. *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States*. Urbana: University of Illinois Press, 2002.
- Fernández de Alba, Francisco y Pedro Pérez del Solar (eds.). “Transatlántica: Idas y vueltas de la literatura y la cultura hispano-americana en el siglo XX”. Dossier en *Iberoamericana* 21 (2006).
- Gabilondo, Joseba. “One-Way Theory: On the Hispanic-Atlantic Intersection of Postcoloniality and Postnationalism and its Globalizing Effects”. *Arachne @ Rutgers* 1.1 (2001a).
- “Introduction”. *The Hispanic Atlantic*. Dossier en *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* 5 (2001b), 93-96.
- Giles, Paul. *Virtual Americas: Transnational Fictions and the Transatlantic Imaginary*. Durham: Duke University Press, 2002.
- “Foreword”. En: Will Kaufman y Heidi Slettedahl Macpherson (eds.). *Transatlantic Studies*. Lanham, MA: University Press of America, 2000.

- Gilroy, Paul. *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*. London: Verso, 1993.
- González, Felipe. *Memorias del futuro. Reflexiones sobre el tiempo presente*. Madrid: Aguilar, 2003.
- Gulbenkian Commission. *Open the Social Sciences. Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences*. Stanford: Stanford University Press, 1996.
- Instituto Cervantes. *Congresos Internacionales de la Lengua Española*.
En: <http://congresosdelengua.es/default.htm> (1/12/2011).
- Kaufman, Will y Heidi Slettedahl Macpherson. "Transatlantic Studies: A New Paradigm". En: Will Kaufman y Heidi Slettedahl Macpherson (eds.). *Transatlantic Studies*. Lanham, MA: University Press of America, 2000.
- Kaufman, Will y Heidi Slettedahl Macpherson. "Transatlantic Studies: Conceptual Challenges". En: Heidi Slettedahl Macpherson y Will Kaufman (eds.). *New Perspectives in Transatlantic Studies*. Lanham, MA: University Press of America, 2002.
- Krakowiak, Fernando. "En el siglo XXI España se sigue haciendo la América". *Página/12*. En: <http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-150427-2010-07-30.html> (3/07/2010).
- Laclau, Ernesto. "Preface". En: Martin McQuillan, Graeme Macdonald, Robin Purves y Stephen Thomson (eds.). *Post-Theory. New Directions in Criticism*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 1999.
- Lewis, Martin W. y Karen Wigen. "A Maritime Response to the Crisis in Area Studies". *The Geographical Review* 89.2 (1999).
- Loureiro, Ángel G. "Desolación y miseria del hispanismo". *Quimera* 138 (1995), 34.
- Marrero-Fente, Raúl. "Hacia un nuevo paradigma: los estudios trasatlánticos en Hispanoamérica y España". En: Raúl Marrero-Fente (ed.). *Perspectivas trasatlánticas. Estudios coloniales hispanoamericanos*. Madrid: Editorial Verbum, 2004.
- Merediz, Eyda M. y Nina Gerassi-Navarro (eds.). *Otros estudios trasatlánticos: lecturas desde lo latinoamericano*. *Revista Iberoamericana* 75.228 (2009), 603-604.
- Middelburg Center for Transatlantic Studies. En: <http://www.transatlanticstudies.org/index.php/home> (1/06/2011).
- Moraña, Mabel. "Introduction". En: Mabel Moraña (ed.). *Ideologies of Hispanism*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2005.
- Ortega, Julio. "Los estudios trasatlánticos al primer lustro del siglo XXI. A modo de presentación". *Transatlántica: idas y vueltas de la literatura y la cultura hispano-americana en el siglo XX*. Dossier coordinado por Francisco Fernández

- de Alba y Pedro Pérez del Solar. *Iberoamericana* 6.21 (2006a), 91-98.
- Transatlantic Translations. Dialogues in Latin American Literature*. London: Reaktion Books, 2006b.
- “Presentación”. *Travesías cruzadas: hacia la lectura transatlántica*. Dossier coordinado por Julio Ortega. *Iberoamericana* 3.9 (2003a), 105-108.
- “Post-teoría y estudios transatlánticos”. *Travesías cruzadas: hacia la lectura transatlántica*. Dossier coordinado por Julio Ortega. *Iberoamericana* 3.9 (2003b), 109-118.
- Pino, José M. del y Francisco La Rubia Prado (eds.). *El hispanismo en los Estados Unidos. Discursos críticos/prácticas textuales*. Madrid: Visor, 1999.
- Quijano, Aníbal. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. Edgardo Lander (ed.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Caracas: UNESCO, 2000.
- Resina, Joan Ramón. “Cold War Hispanism and the New Deal of Cultural Studies”. Brad Epps y Luis Fernández Cifuentes (eds.). *Spain Beyond Spain. Modernity, Literary History, and National Identity*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2005.
- “Whose Hispanism? Cultural Trauma, Disciplined Memory, and Symbolic Dominance”. En: Mabel Moraña (ed.). *Ideologies of Hispanism*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2005.
- Santana, Mario. “El hispanismo en los Estados Unidos y la ‘España plural’”. *Hispanic Research Journal* 9.1 (2008), 33-44.
- Seigle, Carlos. “Spanish Foreign Direct Investment in Latin America: A Strategy for Reducing Conflict with the U.S.” Ponencia presentada en la reunión anual de la *International Studies Association* (17 de marzo de 2004, Montreal). *All Academic Research*. En: http://www.allacademic.com/meta/p72854_index.html (20/03/2009).
- Subirats, Eduardo. “Tres visiones de América”. *Quimera* 137 (1995), 35-39.
- Toral, Pablo. “Spanish Investment in Latin America”. FOCAL. Canadian Foundation for the Americas. En: <http://focal.ca/pdf/Spanish%20investment%20in%20LAC.pdf> (08/10/2011).
- Wallerstein, Immanuel. “The Unintended Consequences of Cold War Area Studies”. Noam Chomsky (ed.). *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History of the Postwar Years*. New York: The New Press, 1997.
- Yúdice, George. “Estudios culturales y sociedad civil”. *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales* 8 (1994): 78-89.